

Cierto que en la silva de *Amarilis* abundan trozos de verdadero estro poético y que no hay pretensión de lucir sabiduría, como en los versos de *Clarinda*: ésta aspira á ser hombre, y aquélla se conforma con pertenecer al sexo bello y débil. Sin embargo, para que haya de todo en la viña del Señor, uvas, pámpanos y agraz, léase este fragmento con vistas á la erudición, fragmento que, de paso sea dicha, es algo desdichado:

Dénte el cielo favores,
 las dos Arabias bálsamos y olores,
 Cambaya sus diamantes, Tíbar oro,
 marfil Sofalia, Persia su tesoro,
 perlas los orientales,
 el Rojo Mar purísimos corales,
 balajes los Ceylanes,
 áloes preciosos Sárnaos y Campanes,
 rubíes Pegugamba, Nubia algalia,
 amatistas Karsinga,
 y prósperos sucesos Acidalia.

Tengo para mí que el viejo Lope de Vega no tragó el anzuelo; porque contestó á *Amarilis*, llevándola el amén y dejándose querer, en tercetos muy desmayados para ser suyos. Además, Lope que, apesar de la sotana que vestía, fué siempre muy galante, y muy cumplido, y muy obsequioso para con las damas, se negó á complacer á la incógnita huanuqueña que le había pedido escribiese un poema sobre la vida y milagros de Santa Dorothea, lo que era un juguete para el ingenio y facilidad del gran poeta.

No se diría sino que en el siglo xvii, en que la educación de la mujer estuvo descuidadísima, porque tal era la condición sociológica de nuestros pueblos todos, tuvimos, en América, epidemia de poetisas anónimas. Húbolas entre nosotros, y en Bogotá, y en Quito y.... en fin, las poetisas anónimas brotaban espontáneamente, como los hongos. Y lo curioso, y que hasta reglamentario parece, es que toda poetisa anónima, después de dar á luz.... una composición magistral, rompía la pluma y se daba por difunta, como diciendo á la posteridad:—para muestra de mi quin-callería intelectual y poética, te dejo un solo botón.

Dice Menéndez y Pelayo, y dice bien, que lazo entre la literatura del siglo xvii y la del xviii fué la tertulia ó Academia que, por los años de 1709 á 1710, reunía semanalmente, en el Palacio de Lima, el virrey marqués de Castell-dos-Rius. Compilación de los trabajos, leídos en veintiuna veladas, á las que concurren las más aristocráticas señoras de la sociedad limeña, es este libro —FLOR DE ACADEMIAS— códice que hasta ahora se conservaba inédito, y del cual sólo era conocida la existencia de otra copia, en la librería personal del erudito académico español don Pascual de Gayangos.

Mi respetable amigo don Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, que tuvo ocasión para examinar el manuscrito de Gayangos, lo comenta así en su monumental obra —*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*—: «El mal gusto de la época rebosa en esta abundante colección de versos artificiales; pero, acaso por el aislamiento en que vivían los poetas en aquellas apartadas regiones, el *cultismo*, no subió allí mucho á las nebulosas alturas de los Góngora ni descendió á la ruin y repugnante esfera de los Montoro. Los asuntos son, unas veces, nobles y naturales; y otras, las más, son de aquellos que ponen en prensa el ingenio y provocan los juegos de metro y de palabra, los retruécanos y los conceptos. En medio de estas y otras extravagancias asoma, á menudo, la fantasía viva y fecunda de aquellos ingenios extraviados.»

No estoy, por completo, de acuerdo con el juicio del egregio académico de la Española, porque precisamente creo que fué el gongorismo, ese Moloch devorador de los más claros cerebros, el pecado en que anduvieron más empecatados los literatos de la tertulia palaciega. Así lo expreso en el juicio sintético que formuló, al fin de cada acta, sobre el grado de merecimiento de los trabajos leídos, juicio que sería deficiente si, en este prólogo, no consignara también algunas noticias sobre la personalidad de cada académico, principiando por la del Virrey. *A tout seigneur, tout honneur*.

Don Manuel de Omms de Santa Pau, antes de Sentmanat

y de Lanuza, marqués de Castell-dos-Rius y virrey del Perú, fué el creador de las tertulias literarias que, en la noche del lunes, se celebraron en palacio, desde el 23 de setiembre de 1709 hasta el 24 de marzo de 1710. La muerte del virrey, acaecida treinta días después, puso término á las amenas veladas, y así lo declararon los consocios en el acta fúnebre de la junta que, para honrar á su ilustre compañero, celebraron el 15 de mayo.

Si como poeta ó versificador fué el marqués de Castell-dos-Rius de lo más ramplón que cabe serlo, sus condiciones como prosador son sobresalientes. Las cedulillas y el vejamen que leyó ó hizo leer en la décima velada, revelan agudeza de ingenio, sátira delicada, estilo correcto y castizo, y sobre todo espontaneidad. Se adivina que la pluma del marqués corría fácil como la de Quevedo, autor que parece fué de lectura favorita para Su Excelencia, según lo revelan varias felices imitaciones que del padre de las *Zahurdas de Plutón* resaltan en el vejamen.

Se sabe que el de Castell-dos-Rius hizo, en verso, una traducción de los himnos del angélico Santo Tomás, y que escribió una comedia *El Escudo de Perso*, en la que había trozos de canto, representada en palacio en celebración del nacimiento del príncipe de Asturias que fué más tarde Fernando VI. De esta comedia, muy encomiada por la adulación de los cortesanos, juzgando por el primer acto del que se encontraba una copia en el archivo del antiguo teatro de Lima, cabe decir que fué una monstruosidad escénica en detestables versos. También fué autor de una disertación político-filosófica á la que tituló *Sermón del mandato*, y áun afirman varios cronistas que dejó muy avanzada una historia sobre sucesos del Perú, desde la conquista hasta el año 1689. Todos estos trabajos del virrey se han perdido, siendo sólo de lamentar la desaparición del último; pues conocidas como son la pobreza del estro de Su Excelencia y lo pervertido de su gusto, las musas no vestirán de duelo por carecer de los versos de aquel bendito señor.

De entre los tres virreyes poetas que tuvo el Perú —el príncipe de Esquilache, príncipe también, y muy esclarecido, en los reinos de la poesía— el conde de Santistevan, que rimó poquísimamente en castellano y mucho en latín —y el marqués de Castell-dos-Rius, éste apenas si traspuso los umbrales del templo de Apolo.

De don Juan Manuel de Rojas sólo sabemos que era español, caballero de la orden de Santiago y secretario del virrey. Versificaba con facilidad suma, y aunque afectado del mal gusto de su época, de vez en cuando antojábasele romper con el conceptismo, y entonces lucía dotes de poeta.

Don Juan Eustaquio Vicentelo Tello Toledo y Leca, marqués de Brenes y de la orden de Santiago, era sevillano, y en sus versos sobre temas risueños sabía desparramar sal andaluza.

De fray Agustín Sanz, superior de los paulinos, y confesor del virrey, está comprobado que fué español, que gozó de gran reputación como orador sagrado y que fué, en Lima, lo que se entiende por fraile de muchas campanillas. Distingúase, entre sus compañeros de la tertulia palaciega, por su poca afición al empleo de imágenes mitológicas en la poesía, y aunque no libre, por completo, del conceptismo en boga, fué de los menos pecadores.

Sobre don Jerónimo de Monforte y Vera no tenemos otras noticias sino las de que era nacido en el reino de Aragón, que desempeñaba un alto empleo en palacio y que, algunos años después del fallecimiento del de Castell-dos-Rius, fué agraciado por el monarca con el hábito de Santiago. De las composiciones poéticas que leyera en las veladas, hay poco que decir en elogio de su númen.

Parece que en estos cuatro versificadores españoles las aficiones poéticas hubieran muerto junto con el virrey; pues sólo muy de tarde en tarde encontramos, con firma de ellos, algún soneto, espinelas ú octavas en las páginas laudatorias que, á guisa de prólogo, era moda apareciesen en los libros. Todo amigo de un autor estaba obligado á pagar tributo encomiástico.

Aunque nada asídulo en la asistencia personal, también figura entre los académicos de palacio, el madrileño don Luis Antonio de Oviedo Herrera y Rueda, primer conde de la Granja, autor de un poema en doce cantos sobre *Santa Rosa de Lima* y de un romance sacro sobre la *Pasión de Cristo*, dividido en siete estancias de andanza ó lectura muy fatigosa, como que son 4,976 los octosílabos y uno sólo el asonante. El conde era lo que se llamaba hombre erudito y de vivaz fantasía, si bien como poeta afean sus versos las extravagancias culteranas á que era muy propenso.

De don Mathías de Angles y Meca, paje mimado del virrey, no hay más que decir sino que era un jovencito español, aficio-

nado á hacer versos, esto es, un poeta de ocasión, y nada más, al que admitieron los académicos en su sociedad por complacer al aristocrático Mecenas.

Pasemos á los peruanos que tomaron participación en el núcleo literario de 1709, principiando por don Antonio Zamudio de las Infantas, marqués del Villar del Tajo, y del que, en puridad de verdad, no se puede decir sino que escribía versos cuando las musas andaban de bureo lejos del Parnaso.

El doctor don Pedro Joseph Bermúdez de la Torre, nacido en Lima y que, en dos distintas épocas, desempeñó el rectorado de la Universidad de San Marcos, fué un poeta cortesano por excelencia, y su musa, como la de Peralta, se ocupó en lisonjear á virreyes y monarcas. Entre ambos se mantuvo viva competencia, y la opinión pública andaba dividida en lo de acordar al uno supremacía sobre el otro. Hoy hay que convenir en que Bermúdez, como poeta, sin serlo portentoso, es en mucho superior á Peralta. Por lo menos no es tan superlativamente dado al gongorismo y al conceptismo que hacen nebulosas, intraducibles al lenguaje llano, la mayor parte de las composiciones del autor de *Lima fundada*. A Bermúdez, de vez en cuando se le entiende; á Peralta, nunca; á lo sumo, se le adivina.

El licenciado don Miguel Cascante fué un clérigo limeño, por quien el marqués de Castell-dos-Rius tenía marcada predilección. Menos enrevesado que Peralta, con más bizarría de imaginación que Bermúdez, y más correcto que el marqués del Villar del Tajo, es, para mí, entre los cuatro peruanos del centro académico, el menos merecedor de censura.

Juicio no tan sintético como los anteriores, debo consagrar á don Pedro de Peralta y Barnuevo, historiador, astrónomo, teólogo, médico, jurista, poeta, enciclopédico, en fin, y el más fecundo de los escritores que hasta el día hemos tenido, juicio que en 1887 expresé en gran parte en una actuación solemne. La fama literaria de Peralta encontró en España resonancia simpática, pues mantuvieron con él asidua correspondencia el marqués de Villena que, en 1713, fué el fundador de la Real Academia Española, así como los académicos duque de Montellano, Carvajal y Lancaster, González Barcia, Villegas Piñatelli y marqués de San Juan. Los primeros ejemplares que del *Diccionario de autoridades* llegaron al Perú, vinieron encomendados á Peralta para su expendio.

Ningún conocimiento del saber humano era extraño para el

portentoso talento y singular ilustración de nuestro compatriota, y acréditalo la crecida cifra de libros que escribiera sobre variadas y aún antagónicas materias; pero como estilista, en prosa, el prurito de ostentar erudición, mal del que, como he dicho, pocos, muy pocos literatos de su época lograron libertarse, rebaja el grado de encarecimiento de sus obras. Peralta aparece siempre como oportuno repetidor de máximas y doctrinas ajenas; nunca supo asimilarse el fruto de sus vastas lecturas; y cuando, por casualidad, expresa una idea propia, no se encuentra satisfecho sino después de haber rebuscado y exhibido autoridades que la vigoricen. Parece como que el literato desconfiara de su cerebro y de la verdad y fuerza de sus raciocinios. Y he aquí el porqué su prosa es oscura y falta de sobriedad, y lánguida y sin brillo su frase, como todo lo que pasa por varios crisoles.

A su conceptuoso poema *Lima fundada*, le falta el *quid divinum*, el perfume poético. Sus octavas, soberanamente gongóricas, carecen del ritmo musical de la poesía, y revisten caracteres de mala prosa rimada. Sus imágenes no son flores nacidas en cármenes deliciosos y mecidas por la brisa tropical, sino flores de conservatorio, sin aroma ni colores vivos.

En vano buscaríamos en los versos de Peralta el estro arrebatador de Ercilla, la pompa descriptiva de Bello, la entonación pindárica de Olmedo, el espiritualismo religioso de Ojeda, la espontaneidad de Caviedes, la pureza de dicción de Valdés, nuestro admirable traductor de los psalmos, ó el aticismo de Felipe Pardo y del guatemalteco Irisarri.

Era Peralta un gran pensador; era un sabio eminente; era el erudito que, en América, conocía mayor número de idiomas, y aún de dialectos; pero el Arte, la estética literaria no pueden, en desapasionada y concienzuda crítica, darle puesto de honor entre los favorecidos por el cielo con los dones del sentimiento y de la expresión poética.

El sabio Feijoo escribió en su *Teatro crítico* que de Peralta no se puede hablar sino con admiración, pues apenas se hallará en toda Europa hombre alguno que lo supere en talento y erudición.—Después de tan grandilocuente encomio, formulado por la pluma del inmortal benedictino, confieso que mi crítica quedaría completamente desautorizada, si no la apoyase también el muy exquisito criterio de don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Dice así esta eminencia de las letras contemporáneas:— «¿Qué
« es lo que la posteridad ha dejado en pie de la fama cuasi mito-
« lógica de Peralta? Cuesta trabajo decirlo; poco más que un nom-
« bre que no despierta eco ninguno de gloria literaria. Sus obras
« no se leen ya, en América ni en España. Su erudición, sin duda,
« era estupenda, pero indigesta y de mal gusto; su criterio histó-
« rico de los más inciertos y extravagantes; su estilo, en prosa y
« en verso, enfático, cespudo y campanudo, con todos los vicios de
« la decadencia literaria que, después del advenimiento de Luzán
« y de Feijoo, no eran ya tolerables ni en una remota colonia.
« Como poeta, sus versos están condenados sin remisión; y si hay
« aún, por azar, quien lea su poema *Lima fundada*, mezcla extra-
« ña de gongorismo y prosaísmo, sin que le falte ningún rasgo de
« mal gusto, no es porque lo cautiven las octavas, sino por las no-
« tas marginales, genealógicas ó históricas. Su vena adulatoria
« llegó á un extremo casi de demencia cuando compuso el elogio
« del virrey Armendariz, sin emplear en su discurso más que una
« vocal —la letra A.— Lástima de estudios tan torpemente ma-
« logrados!»

Yo no osaré agregar un concepto más á juicio tan autorizado.

IV

Y aquí ponemos punto, llenado como queda nuestro propó-
sito de limitarnos á presentar en sucinto cuadro á los poetas que
antecedieron á la tertulia académica, así como á los que ésta com-
pusieron. Labor menos compendiosa corresponde al escritor que
acometa el estudio de las obras de ingenios posteriores hasta el
día. Él encontrará, para acordarles justiciero aplauso, una pléya-
de de notables poetas nacidos en el Perú; pues puede afirmarse,
sin miedo de incurrir en equivocación, que desde las postrimerías
del siglo xviii se inició en las letras nacionales una era de mejo-
ramiento en el gusto y en el estilo, y de aspiración á ideales más
levantados que los que, hasta entonces, cantaron los poetas.

RICARDO PALMA.

Lima, agosto de 1899.

FLOR DE ACADEMIAS

Contiene este libro las actas de las juntas que se celebraron en el
gabinete del Excmo. Señor Don Manuel de Oms y de Santa Pau, olim.
de Sentmanat y de Lanuza, Marqués de Castell-dos-Rius, Grande de Es-
paña, Virrey, Gobernador y Capitán General de estos reinos del Perú,
Tierra firme y Chile, recogidas y copiadas por la cuidadosa atención de

DIEGO RODRIGUEZ DE GUZMÁN,

Capitán de infantería española del tercio del presidio del Callao, Guar-
da mayor de la Real Casa de Moneda de esta ciudad de Lima y Custodio
de la Academia.

Se terminó la copia de este manuscrito en mayo de 1713 años.